

EDITORIAL

A PROPÓSITO DEL INICIO DE LOS DIÁLOGOS DEL GOBIERNO COLOMBIANO CON LAS FARC

ABOUT THE BEGINNING OF THE COLOMBIAN GOVERNMENT TALKS WITH *LAS FARC*

Ricardo Andrade Rodríguez*

Es evidente que el contexto actual colombiano, respecto del conflicto armado, tiene como epicentro la posibilidad de una salida negociada. Unas voces se han alzado para defender esta alternativa, otras han “trinado” desde diferentes medios para abogar en contra de la impunidad y para recordarnos a los colombianos las “atrocidades” cometidas por la guerrilla; atrocidades que deberían, según ellos, ser castigadas con rigor y sin vacilación. Me interesa proponer un análisis, pero no de las figuras rimbombantes que protagonizan los recién iniciados diálogos de paz ni de los discursos pronunciados por parte y parte.

El conflicto que acontece en Colombia desde la primera parte de la década de los años 60 cumple con esta definición de modo prácticamente íntegro: existen en sus actores objetivos diferentes a la delincuencia común, provoca una cantidad muy superior a las 100 víctimas anuales, hay un impacto visiblemente grave en la seguridad de la población y en la infraestructura en general (vías, oleoductos, torres de energía). Además de una obvia cifra de decesos, que es, quizás, el resultado más evidente de todos los conflictos de este tipo. Vale la pena resaltar las consecuencias “intangibles” que son enfatizadas en esa definición: la profunda afectación del nivel de vida del pueblo: inseguridad alimentaria, deterioro del tejido social, afectación de la salud mental colectiva. Desde esta perspectiva, el conflicto armado en Colombia es de mayor intensidad porque produce más de 1000 víctimas mortales al año y porque, además, afecta a una porción muy grande del territorio nacional. Al mismo tiempo que ha logrado minar la vida nacional que traspasa hasta hondos niveles los procesos de identidad nacional, de cohesión civil y de reconocimiento internacional. Además, a sus ojos, este conflicto permanece sin cambios, lo que contradice buena parte de las opiniones de algunos académicos nacionales.

Pizarro llama la atención sobre la larga duración del conflicto armado en Colombia. Diversos estudios internacionales de tipo comparativo mostraron que los conflictos de alta envergadura y que

* Magíster en Lingüística. Docente de la Fundación Universitaria Luis Amigó. Coordinador línea de investigación Síntomas Psicosociales contemporáneos grupo de investigación Psicología Social y Salud Mental. E-mail: ricardo.andradero@amigo.edu.co

tienen largos periodos de duración son persistentes. Ejemplos de estos conflictos son el de Israel y Palestina o el de India y Paquistán. La experiencia internacional muestra que las características que la duración le imprime a estas confrontaciones: “odios acumulados, dinámica perversa de represalias y contrarrepresalias y, sobre todo, la desconfianza mutua entre actores y comunidades” (Pizarro, 2004, p. 75) hacen que sean los más difíciles de erradicar. Pizarro opina que este es el caso de Colombia. Esta situación implica la necesidad de consideración de circunstancias que de ordinario no se tienen en cuenta en la posibilidad de resolución del conflicto, pues reclama la observación de una serie de categorías sociales y, por supuesto, psicológicas: la percepción de sí de las víctimas, las concepciones sobre el otro, el enemigo, las consecuencias generales del duelo individual y colectivo. Lo que podría llamarse “cicatrices” anímicas de la población en una confrontación de tales características son probablemente uno de los límites más inminentes al recién iniciado proceso de diálogos de paz entre el Gobierno y las FARC.

Se trata, entonces, de agregar a la lectura social, económica y política del conflicto la consideración de su aspecto psíquico que, como ya se indicó, es quizá el factor que más podría dificultar una salida negociada en el caso de situaciones que, como el de Colombia, son de extensa duración. Para aproximarse a tal valoración es necesario considerar las características que mantienen la lógica de las condiciones bélicas de la nación.

Cramer (2002) denomina “mirada neoclásica” de los conflictos armados a la que tiene, entre otros problemas, el de diagnosticarlos como un encuentro entre dos partes, el Gobierno y una disidencia rebelde, por ejemplo. Argumenta que debe hacerse una lectura diferente: “I am suggesting that the roots of conflict do lie in political economy, but that this involves investigating the changes in social relations and material conditions within which individuals act constrained by available “social knowledge” (Arrow, 1994) (Cramer 2002).¹

Evidentemente, esta consideración del conflicto lleva a una consecuencia de carácter psicológico de su vertiente económica y política. Una serie de procesos relacionados con el acceso a los bienes y servicios que garantizan la vida estarían en la raíz misma de los conflictos. De hecho, Cramer cataloga de poco racionales las condiciones mentales que determinarían las elecciones de las personas involucradas. Si esto es así, una salida por la vía netamente política al conflicto descuida aspectos profundos que pueden estar en la base de sus condiciones de permanencia en el tiempo. No se puede considerar el conflicto colombiano sin la dimensión de los lazos sociales y sus interacciones multi-nivel. Más allá de la lucha de clases se trata de una condición social de satisfacción de necesidades básicas y de sus consecuencias sociales.

¹ Sugiero que las raíces del conflicto yacen en la economía política, pero requiere investigar los cambios en las relaciones sociales y las condiciones materiales dentro de los cuales los individuos están constreñidos por “saber social”.

Estrada, Ibarra & Sarmiento (2003) muestran, en la búsqueda de más amplios marcos explicativos para el fenómeno de la violencia intrafamiliar en el contexto del conflicto armado, que existen dispositivos culturales sustentadores de la violencia en las subculturas particulares enmarcadas en el contexto del conflicto. Esos mecanismos configuran los regímenes de poder que sostienen los patrones de relación dentro de los cuales se reproduce la violencia. De hecho, Carmona, Tobón, & Moreno (2012) proponen que es necesario superar la vieja explicación según la cual el mayor peso explicativo de la vinculación de los menores al conflicto armado lo tiene la “falta de oportunidades” o el forzamiento por amenazas. Su investigación muestra un gran peso al factor lúdico o erótico en la construcción de la decisión de enrolarse, es decir, en el supuesto de que los guerrilleros “pasan muy bueno” o por el hecho, sobre todo en el caso de las niñas, de haberse enamorado de un combatiente. En este último, el poder que ostentan las armas y el uniforme parece cautivar el imaginario de los niños, niñas y jóvenes. Estos investigadores, además, muestran que la decisión que ellos toman debe ser analizada como el resultado de una serie de interacciones en las que los significados construidos socialmente autorizan una comprensión más cercana a la realidad.

Tanto la duración como la intensidad del conflicto, así como sus raíces económico-políticas, producen modos de significación, de símbolos, de imaginarios y de identidades colectivas que constituyen un eje de análisis que podría apuntar a una comprensión ulterior de su perpetuación. Una relación paradójica de la población con la violencia: de un lado, su aborrecimiento; de otro, una tendencia, casi irracional, a la propagación e inercia de unas prácticas cotidianas que parecen rendirle culto.

Los procesos mentales que ligan los miembros de una población y que llevan a que haya idiosincrasias y construcciones sociales comunes son otro elemento estructural de la vida anímica de los pueblos. Es el fenómeno de construcción de identidad, en el que hay un cruce particular de acciones psíquicas individuales y colectivas que se vehiculizan a través de las narrativas comunes.

Ciertos modos de organización social generan particularidades en la constitución de la identidad individual y ciertas modalidades de comportamiento consecuente. Las condiciones de identidad de un pueblo radican, en gran medida, en las figuras sociales que son tomadas como modelo de identificación. Un país en guerra por largo tiempo acaba por, de alguna forma, asumir la guerra como condición estructural de su identidad social e individual. Que las manifestaciones fenoménicas del conflicto sean interiorizadas en el universo subjetivo de los habitantes de una nación implica, según Freud, que habrá una desilusión generalizada, así como una actitud de insensibilidad hacia la muerte. Pero, al mismo tiempo, que la guerra se transforma en desconfianza, desazón y agresividad.

Referencias

- Cramer, C. (2002). Homo economicus goes to war: methodological individualism, rational choice and the political economy of war. *World Development*, 1845-1864.
- Estrada, Á., Ibarra, C. & Sarmiento, E. (2003). Regulación y control de la subjetividad y la vida privada en el contexto del conflicto armado colombiano. *Revista de Estudios sociales*, 133-149.
- Pizarro, E. (2004). Una luz al final del túnel. Balance estratégico del conflicto armado. *Nueva Sociedad*, 72-84.